

La posteridad le debe la mayor parte de estos detalles, verídicos como la conciencia y fieles como la memoria de un amigo.

XXI

La cena se prolongó hasta los primeros crepúsculos del día. Vergniaud, puesto en el centro de la mesa, la presidía con la misma dignidad tranquila que había tenido la noche del 10 de Agosto presidiendo la Convención. Vergniaud era entre todos el que menos tenía que sentir dejando la vida, porque había conquistado su gloria y no dejaba ni padre, ni madre, ni esposa, ni hijos detras de sí. Los otros se sentaron por grupos, reunidos por casualidad ó por el cariño. Brissot estaba solo al cabo de la mesa, comiendo poco y sin hablar nada.

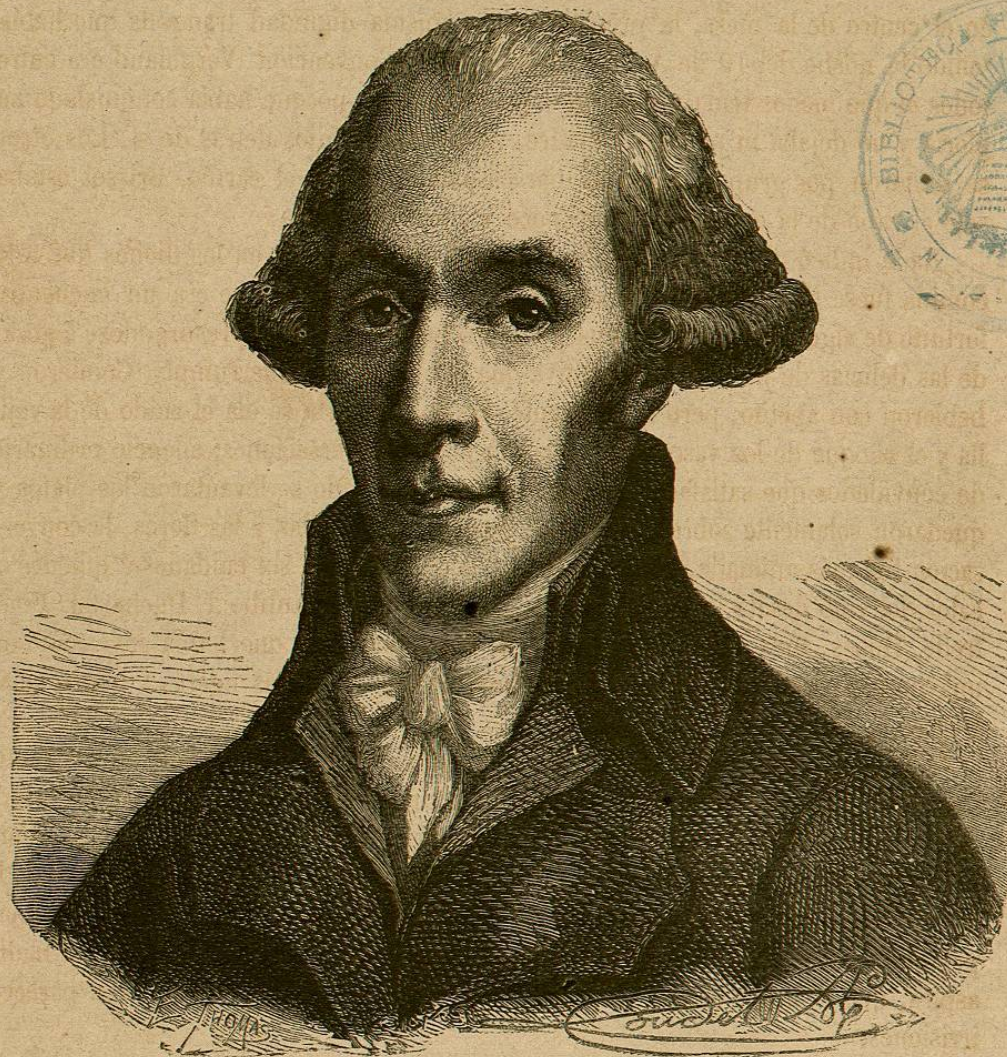
Nada indicó durante mucho tiempo en las fisonomías y en los dichos que esta comida fuese el preludio de un suplicio. Se hubiera dicho que era un encuentro fortuito de algunos viajeros en una posada sobre un camino, apresurándose á gozar de las delicias de una comida fugitiva que el viaje iba á interrumpir. Comieron y bebieron con apetito, pero sobriamente. Desde la puerta se oía el ruido de la vajilla y el choque de los vasos mezclado con pocas conversaciones; silencio ordinario de convidados que satisfacen el primer apetito. Cuando se levantaron los platos y quedaron solamente sobre la mesa los postres, las botellas y las flores, la conversacion fué más animada, ruidosa y grave, como hombres sin cuidados á quienes el calor del vino desata la lengua y las ideas. Mainvielle, Antiboúl, Duchastel, Fonfrede, Ducos, toda aquella juventud que no podía creer que había envejecido en una hora para morir al otro día, se desahogó con palabras ligeras y ocurrencias alegres.

Estas palabras contrastaban con tan próxima muerte, profanando la santidad de la última hora, y helaban la falsa sonrisa que aquellos jóvenes se esforzaban por esparcir alrededor de ellos. Esta afectacion de alegría ante Dios y ante la última hora era igualmente una falta de respeto á la vida y á la inmortalidad. No podían ni dejar la una ni acercarse á la otra con tanta ligereza. Estas bromas póstumas caían de sus labios como caen sobre una sepultura las flores que nadie aspira, que contraen el olor del sepulcro, y que, cuando no son reliquias, parecen irrisiones.

Brissot, Fauchet, Sillery, Lasource, Lehardy y Carra trataron alguna vez de responder á estas provocaciones ardientes de una alegría fingida y de una falsa indiferencia; pero esta alegría inoportuna de sus jóvenes colegas apenas asomó á los labios de los hombres maduros. Vergniaud, más grave y más realmente intrépido en su gravedad, miraba á Ducos y á Fonfrede con una sonrisa en que había tanta indulgencia como compasion.

Terminadas estas explosiones de ruido y alegría fúnebre, la conversacion tomó hácia la mañana un giro más serio y un acento más solemne. Brissot habló como profeta de las desgracias de la república, decapitada de sus más virtuosos y de sus más elocuentes ciudadanos. «¡Cuánta sangre no correrá para lavar la nuestra!» — exclamó al concluir. Se callaron todos un momento, pareciendo consternados ante el fantasma del porvenir evocado por Brissot. «Amigos míos,—repuso Vergniaud,—

al podar el árbol lo hemos muerto; era demasiado viejo; Robespierre lo ha cortado. ¿Será más dichoso que nosotros? No. Este terreno es demasiado ligero para nutrir las raíces de la libertad cívica, este pueblo es demasiado joven para manejar sus leyes sin herirse: él volverá á sus reyes, como el niño vuelve á sus juguetes. Nosotros hemos equivocado la época naciendo y muriendo por la libertad del mundo,—prosiguió;—¡nos hemos creído en Roma, y estábamos en París! Pero las revolu-



Valazé.

ciones son como aquellas crisis que encanecen en una noche la cabeza de un hombre: maduran pronto á los pueblos. La sangre de nuestras venas es bastante caliente para fecundar la tierra de la república. No nos llevemos el porvenir, y dejemos la esperanza al pueblo en cambio de la muerte que nos va á dar.»

XXII

Un largo silencio siguió á estas palabras de Vergniaud, y la conversacion se remontó desde la tierra al cielo con el pensamiento. «¿Qué harémos mañana á

estas horas?»—dijo Ducos, que siempre hablaba en tono de chanza, aún en los asuntos más serios. Cada uno respondió según su carácter. «Dormirémos después de la jornada»,—respondieron algunos. El escepticismo de la época corrompía hasta las últimas ideas, y no prometía más que el aniquilamiento del alma á unos hombres que iban á morir por la inmortalidad de un pensamiento humano. La inmortalidad del alma y las sublimes conjeturas de la vida futura, á la cual tocaban, ocuparon más convenientemente los instantes que quedaban de conversacion. Las voces fueron bajando, el acento se solemnizó, se extinguieron las sonrisas, y el sonido de la palabra fué más grave y sordo, como el ruido del azadon que abre una sepultura. Fonfrede, Gensonné, Carra, Fauchet y Brissot pronunciaron discursos que respiraban toda la divinidad de la razon humana, y toda la certeza de la conciencia sobre los misteriosos problemas del destino inmaterial del espíritu humano.

Vergniaud, que se había callado hasta entónces, interpelado por sus amigos, reasumió el debate. Nunca, dice el testigo que citamos, y que le había admirado muchas veces en la tribuna, nunca su frente, su accion, su palabra y el acento cavernoso de su voz habían conmovido tan profundas fibras en el corazon de su auditorio. Parecía que hablaba desde lo alto de la tribuna de Dios.

Las palabras de Vergniaud se perdieron; sólo quedó la impresion en el alma del sacerdote.

Después de haber reunido en un solo é invencible argumento todas las pruebas morales de la existencia de un sér primitivo, que él llamaba como en su tiempo el Sér Supremo; después de haber demostrado la necesidad de una Providencia, consecuencia de la excelencia de este Sér Supremo sobre las creaciones emanadas de él, y la necesidad de la justicia divina del Criador con respecto á sus criaturas; después de haber citado, desde Sócrates á Ciceron y de Ciceron á todos los justos sacrificados, la creencia universal de los pueblos y de los sabios, prueba superior á todas las pruebas, pues que está en la naturaleza un instinto de otra segunda vida tan irrefutable como el instinto de la vida presente; después de haber llevado hasta la evidencia y hasta el entusiasmo la certeza de la continuacion del sér después de este sér mortal, no destruido, sino metamorfoseado por la muerte, entónces, elevándose hasta el lirismo del profeta político, y contrayendo el asunto á la situacion de sus coacusados, para tomar su última prueba en ellos mismos, dijo: «¿La mejor demostracion de la inmortalidad no somos nosotros? ¿nosotros en este sitio? ¿nosotros tranquilos, serenos, impasibles al lado del cadáver de nuestro amigo, frente á nuestro propio cadáver, discutiendo como en una pacífica asamblea de filósofos sobre el relámpago ó sobre la noche que seguirá inmediatamente á nuestro último suspiro, y muriendo más dichosos que Danton que va á vivir, y que Robespierre que va á triunfar? Pero ¿por qué hay esta calma en nuestros discursos y esta serenidad en nuestras almas? ¿No es por la conviccion de haber cumplido con un gran deber hácia la humanidad? Y bien, ¿qué es la patria, qué es la humanidad? ¿Es acaso un monton de polvo animado que hoy es hombre y mañana no será sino barro y sangre? ¿No, no es por este barro viviente, sino por el alma de la humanidad y de la patria, por lo que nosotros vamos á morir! Pero ¿qué somos nosotros mismos, sino una partícula de esta alma colectiva del género humano? Cada hombre de los que componen nuestra especie tiene tambien un

espíritu inmortal, imperecedero y confundido con esta alma de la patria y del género humano, por la cual es tan bello y tan dulce sacrificarse y morir. Nosotros no somos unos alucinados ilustres,—continuó,—sino unos séres consecuentes á su instinto moral, y que van, después de cumplir con este deber, á vivir aún, á sufrir ó á gozar en la inmortalidad de los destinos del hombre. Muramos, pues, no con confianza, sino con conviccion. Nuestro testigo, en este gran proceso con la muerte, es nuestra creencia. Nuestro juez es aquel gran Sér cuyo nombre veneran los siglos, y á cuyos designios contribuimos nosotros como unos instrumentos que él rompe en su obra, pero cuyos pedazos caen á sus piés. La muerte no es sino el acto más poderoso de la vida, porque engendra una vida superior. A no ser así,—continuó con más recogimiento,—habría otra cosa más grande que Dios. Este sería el hombre justo como nosotros, sacrificándose sin recompensa y sin porvenir por su patria. Esta suposicion es una ineptia ó una blasfemia. Yo la rechazo con desprecio y con horror... ¡No, Vergniaud no es más grande que Dios; pero Dios es más justo que Vergniaud, y no le hará subir mañana á un cadalso sino para justificarle y vengarle en los tiempos venideros!»

Tales fueron las palabras, cuyo sentido sólo fué sumariamente notado. «Esto es bien dicho,—dijo Lasource;—pero yo tengo en mi corazon una prueba más cierta que la elocuencia del genio moribundo, y es la palabra de un Dios muerto por los hombres.» «¡Fuera!—dijo sonriéndose irónicamente uno de los jóvenes convidados.—Lasource, nada de sueños ántes de dormir. Guardemos nuestro buen sentido hasta mañana. La razon piensa, las religiones sueñan. Yo no creo más que en la razon.» «Y yo—dijo Sillery—creo en las dos. Cristo, muriendo en un suplicio como nosotros, no es más que un testigo divino de la razon humana. No, su religion, que nosotros hemos confundido con la tiranía, no es la opresion, sino la libertad. ¡Cristo era el girondino de la inmortalidad!»

Fauchet pronunció un discurso patético sobre la Pasion, comparando su suplicio con el Calvario. Todos se enternecieron, y muchos lloraron.

Vergniaud lo concilió todo al fin en algunas frases recogidas á medida que caían de sus labios. «Creamos lo que nos acomode,—dijo,—pero muramos ciertos de nuestra vida y del premio de nuestra muerte. Demos cada uno en sacrificio lo que tenemos, uno su duda, otro su fe, y todos nuestra sangre, por la libertad. Cuando el hombre se ofrece en holocausto á Dios, ¿qué más debe?...»

XXIII

La luz del día entraba por la claraboya del calabozo, empezando á disminuir la de las bujías. «Vámonos á acostar,—dijo Ducos;—la vida es cosa tan ligera, que no vale la hora de sueño que perdemos pensando en ella.» «Veamos,—dijo Lasource á Sillery y á Fauchet;—la eternidad es tan cierta y tan terrible, que no bastarian mil vidas para prepararse á ella.» Se levantaron de la mesa á estas palabras, separándose para ir á sus cuartos, y se recostaron casi todos en sus colchones.

Trece quedaron en el gran calabozo. Unos se hablaban en voz baja, otros ahogaban su llanto, y algunos dormían. A las ocho se les dejó salir en grupos por el

corredor. El abate Lambert, este piadoso amigo de Brissot, que habia pasado la noche á la puerta de su calabozo, esperaba aún allí el permiso de comunicar con ellos. Brissot, apercibiéndole, se dirigió hacia él y le abrazó con un transporte convulsivo. El sacerdote le ofreció tímidamente la asistencia de su culto para endulzar ó santificar la muerte. Brissot lo rehusó con reconocimiento, pero con firmeza. «¿Conoces tú alguna cosa más santa que la muerte de un hombre de bien que muere por haber rehusado la sangre de sus semejantes á los malvados?»—dijo al abate Lambert. El sacerdote no insistió.

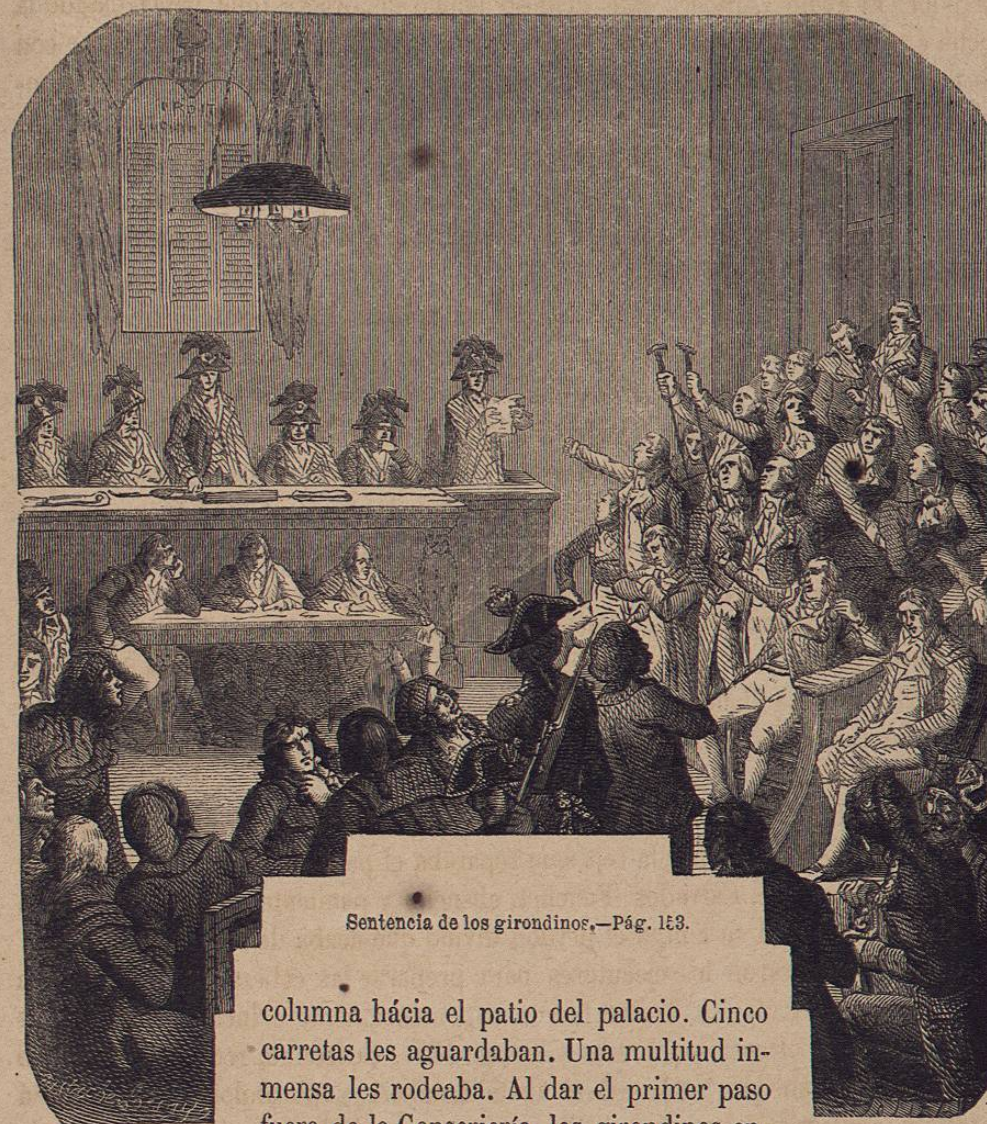
Lasource, testigo de esta conversacion, se aproximó á Brissot. «¿Crees tú—le preguntó—en la inmortalidad de tu alma y en la providencia de Dios?» «Sí,—respondió Brissot,—creo, y porque creo voy á morir.» «Pues bien,—repuso Lasource,—de esto á la religion no hay más que un paso. Yo, ministro de otro culto que el tuyo, no he admirado nunca tanto á los sacerdotes de tu religion como en estos calabozos, adonde vienen á traer el perdon, la esperanza y á Dios mismo á los sentenciados. En tu lugar, yo me confesaria.» Brissot se retiró sin responder, y fué á hablar con Vergniaud, Gensonné y los jóvenes. La mayor parte de éstos rehusaron los socorros de la religion. Sentados unos en el pretil de piedra del patio, otros paseándose agarrados del brazo, otros de rodillas á los piés del sacerdote, recibiendo su bendicion despues de una corta confesion de sus faltas, y todos esperando con serenidad la señal para salir, sus grupos semejaban un alto ántes del combate.

El abate Emery, aunque sacerdote sin juramentar, habia obtenido permiso para hablar con Fauchet por la reja que separaba el patio del corredor. Allí oyó y absolvió al obispo del Calvados. Fauchet, absuelto y penitente, oyó en confesion á Sillery y transmitió á su amigo el perdon divino que acaba de recibir.

A las diez entraron los ejecutores para preparar las cabezas de los reos á la cuchilla y atar sus manos. Todos fueron espontáneamente á inclinar sus cabezas bajo las tijeras y ofrecer los brazos á los cordeles. Gensonné, recogiendo un rizo de sus negros cabellos, se le dió al abate Lambert, suplicándole le remitiese á su esposa, indicándole su retiro. «Dile que esto es todo lo que puedo enviarle de mis restos, pero que muero dirigiéndole todo mi pensamiento.» Vergniaud sacó su reloj, escribió con la punta de un alfiler algunas iniciales y la fecha del 30 de Octubre en el interior de la caja de oro, y lo puso disimuladamente en la mano de uno de los asistentes para que se lo llevase á una jóven que amaba con un amor fraternal, y con quien se proponia, segun decian, casarse más tarde. Todos tuvieron un nombre, una amistad, un amor ó un recuerdo que dar á conocer durante estos preparativos; casi todos, alguna memoria suya que enviar á los que dejaban en la tierra. La esperanza de dejar un recuerdo en la tierra es el último lazo que une al moribundo á ella al abandonarla. Estos legados misteriosos fueron lealmente cumplidos.

XXIV

Cuando aquellas hermosas cabelleras llenaron el suelo del calabozo, los ejecutores y los gendarmes reunieron á los sentenciados y les hicieron marchar en



Sentencia de los girondinos.—Pág. 153.

columna hacia el patio del palacio. Cinco carretas les aguardaban. Una multitud inmensa les rodeaba. Al dar el primer paso fuera de la Conserjería, los girondinos entonaron á una voz y como marcha fúnebre la primera estrofa de la *Marsellesa*, apoyándose con energía significativa sobre estos versos de doble sentido:

«El estandarte sangriento de la tiranía
se ha alzado en contra nuestra.»

Desde este momento dejaron de ocuparse de sí mismos, para no pensar sino en el ejemplo de muerte republicana que querian dejar al pueblo. Sus voces no se apagaban un momento al fin de cada estrofa sino para elevarse con más energía y más sonoras al primer verso de la estrofa siguiente. Su marcha y su agonía no fueron más que un cántico. Iban cuatro en cada carreta, y sólo una llevaba cinco; el cadáver de Valazé iba tendido en la última. Su cabeza, descubierta y traqueteada por las sacudidas del empedrado, rebotaba á la vista y en las rodillas de sus amigos, que tuvieron que cerrar los ojos para no ver aquel rostro lívido, y sin embargo, éstos cantaban como los demas. Al llegar al pié del cadalso se abrazaron todos en señal de comunión en la libertad, en la vida y en la muerte. Despues

continuaron el cántico fúnebre, para animarse mutuamente al suplicio y para enviar, hasta el momento supremo, al que moria la voz de sus compañeros de muerte. Todos murieron sin debilidad; Sillery con ironía; así que subió sobre el tablado le dió vuelta, saludando al pueblo á derecha é izquierda, como para darle gracias de la gloria y del cadalso. El coro disminuía cuantas veces caía la cuchilla fatal, las filas se aclaraban al pié de la guillotina. Una sola voz continuó la *Marsellesa*: era la de Vergniaud, ajusticiado el último. Aquellas sublimes notas fueron sus últimas palabras. Lo mismo que todos sus compañeros, este grande hombre no moria: se evaporaba en el entusiasmo, y su vida, que habia principiado por discursos inmortales, concluyó por un himno á la eternidad de la revolucion.

Un mismo carro transportó los cuerpos decapitados, y una misma zanja los cubrió, al lado de la de Luis XVI.

Algunos años despues, registrando en los archivos de la parroquia de la Magdalena para encontrar las huellas de las sepulturas de la época, los curiosos leían en una hoja de papel timbrado la cuenta de gasto del enterrador de este cementerio, visada por el presidente, autorizando el pago á la tesorería nacional, con estas palabras: «Por veintiun diputados de la Gironda: los ataúdes, 147 libras; gastos de inhumacion, 63 libras. Total, 210».

Tal fué el precio de las espuestas de tierra que cubrieron á todo el partido de los fundadores de la república. Eschilo ó Shakspeare no inventaron nunca más amarga irrisión de la suerte que aquella cuenta del enterrador, pidiendo y recibiendo su salario por haber enterrado sucesivamente á toda la monarquía y á toda la república de una gran nacion.

XXV

Tal fué la última hora de aquellos hombres. Tuvieron durante su corta vida todas las ilusiones de la esperanza, y tuvieron al morir la más gran felicidad que Dios reserva á las grandes almas: el martirio que se goza en sí mismo, y que eleva hasta la santidad de víctima al hombre sacrificado por su convicción y por su patria.

Sería superfluo juzgarlos. Lo han sido en vida y en muerte. Cometieron tres faltas: la primera, no haber tenido la audacia de su opinion, vacilando en proclamar la república ántes del 10 de Agosto, á la apertura de la Asamblea legislativa; la segunda, haber conspirado contra la Constitucion de 1791, que habian hecho y jurado; haber reducido de este modo á la soberanía nacional á obrar como si fuese una faccion, prestado su auxilio para el suplicio del rey, y forzado á la revolucion á emplear medios crueles; la tercera, haber querido gobernar bajo la Convencion, cuando era necesario combatir.

Tuvieron tres virtudes que compensan muchas de sus faltas á los ojos de la posteridad: adoraron la libertad, fundaron la república, verdad precoz de los gobiernos futuros, y en fin, murieron por no conceder más sangre á un pueblo sediento de ella. Su época los sentenció á muerte; el porvenir los juzgará para la gloria y el perdon. Murieron por no haber querido permitir á la libertad que se manchase, y se grabará sobre su memoria la inscripcion que Vergniaud, su voz,

habia grabado con su mano en la pared de su calabozo: «¡Antes la muerte que el crimen! *Potius mori quam fedari!*»

Apénas sus cabezas habian caído á los piés del pueblo, cuando el brillo de su partido en la Convencion y en toda Francia fué sustituido por un carácter taciturno, sanguinario y siniestro. Juventud, belleza, ilusiones, genio y elocuencia antigua, todo pareció haber huido con ellos de la patria. Paris pudo decirse lo que se habia dicho en otro tiempo á sí misma Lacedemonia, cuando el asesinato de su juventud en el campo de batalla: «La patria ha perdido su flor, la libertad su prestigio, y la revolucion su primavera».

Miéntas que veintiun girondinos perecian así en Paris, Petion, Buzot, Barbaroux y Guadet erraban, como bestias feroces acosadas, en los bosques y cavernas de la Gironda, madama Roland esperaba su última hora en una celda de la cárcel de la Abadía, Dumouriez se agitaba en el destierro para libertarse de sus remordimientos, y Lafayette, fiel al ménos á la libertad, expiaba en los subterráneos de la ciudadela de Olmutz el crimen de haber sido su apóstol y de confesarla aún en las cadenas.